

Lily del Pilar

La universidad es un desastre



LA LOQUERA DE LEAH

—Estoy loca, ¿cierto?

Con la vista clavada en el reloj que marcaba las 9:34, esperé en tensión la respuesta a mi pregunta. Por más que me esforcé en parecer relajada —cruzando los brazos sobre el pecho y negándome a mirar a la psicóloga a los ojos—, ambas sabíamos que solo estaba fingiendo desinterés; y lo hacía porque mi brillantez de mente quería creer que, al no preocuparme por las cosas, la probabilidad de que estas me afectaran era más baja.

Me mordí el labio con fuerza y, por fin, llegando al límite de mi casi nula paciencia, dejé de observar el feo reloj cuadrado con números romanos y me enfoqué en mi propio reflejo.

—Muy bien, Leah —me felicitó mi loquera con voz plana desde un sector de la habitación ubicado a dos metros de mí y del espejo.

Solté un resoplido para nada femenino. Estaba indignadísima (*ísima* porque mi indignación crecía en proporciones monstruosas) con la nueva terapia, que consistía básicamente en mirarme al espejo como una retrasada y decirme cosas bonitas. ¿Cómo era posible que Juliana me hiciera perder el tiempo en eso? Si había algo que reconocer, era que tenía serios problemas mentales, como por ejemplo el de la ira y la estupidez innata, pero autoestima me sobraba, porque yo tenía belleza hasta para regalar, jejeje; por lo que sí, era absurdo que estuviéramos reforzando mi autoestima cuando existía y por montones.

—Ay, July, ¿tengo que hacerlo? —Como mi loquera no tenía más de treinta años (aunque intentaba aparentar más profesionalismo y edad con un apretado moño en la nuca), en cada con-

sulta yo intentaba hacerle perder los estribos refiriéndome a ella como «July»; aún no funcionaba.

—Sí, tienes que...

Solté otro enorme resoplido solo para hacerle entender lo poco entusiasmada que estaba con la idea.

—Tengo problemas mentales más serios para corregir que ese —protesté.

—¿Como cuáles, Leah?

—Como el de... no sé, ¿no podrías hacerme más simpática? Tampoco me enojaría si me pusieras un filtro en la bocota.

—Leah...

—Ya sé, ya sé —la interrumpí—. De mi *bocota* hablaremos en la siguiente sesión.

Asintió de manera distraída mientras escribía algo en el cuaderno de hojas amarillentas que tenía apoyado sobre sus rodillas huesudas enfundadas en medias negras.

—Ahora dime, ¿qué ves? —insistió, apuntando el espejo.

Me rendí ante ella.

Mi reflejo tenía una insoportable expresión de aburrimiento máximo.

—Veo a una pelirroja que se le acabó esta mañana su crema de peinar.

Juliana golpeteó las hojas con el lápiz. Calculé que faltaba poco para llevarla al límite, porque nadie me soportaba demasiado tiempo, en serio, la única persona capaz de tolerar mi imbecilidad, que se agravaba día a día, era mi prima Adela, pero ella tenía dieciocho años de práctica, por lo que no servía como referencia.

—¿Qué más ves? —insistió.

—A una chica de dieciocho años que lo único que quiere saber es si está loca o no. Lo estoy, ¿cierto?

—¿Y por qué crees eso, Leah?

Lo medité unos segundos.

—Tal vez no esté en extremo loca, así como para colocarme un cartel de «LOCA» en la frente, ¿entiendes? Pero sí considero que tengo algunos problemas mentales y unos traumas serios que no he solucionado.

Las delgadas cejas de Juliana se alzaron levemente. ¿Por qué se las depilaba tanto? Parecía estar en un estado de sorpresa constante.

—Leah, debes recordar que ya tratamos uno de tus problemas.

—Bueeeeno, he de reconocer que por lo menos ahora duermo sin tener que doparme como para matar a un caballo. Y tampoco corro ni me pongo *tan* histérica si un chico me pide una cita.

Como Juliana tenía una suave sonrisa en el rostro, mi lado antipático se vio en la necesidad de bajarle los humos.

—Pero tampoco digamos que he intentado ponerlo a prueba.

—¿Poner a prueba qué, Leah?

Me exasperé. Llevábamos meses (imalditos y agobiantes meses!) de terapia y esa mujer aún era incapaz de seguirle el hilo a mis conversaciones. Tampoco era tan complicado, ¿o sí?

—Que todavía no he intentado besar a un chico... o chica, en su defecto.

La boca de Juliana se frunció levemente.

—Leah, habíamos quedado exactamente hace...

—Dos meses —le ayudé.

—... sí, hace dos meses habíamos quedado en que lo intentarías, ¿has hecho eso aunque sea?

Eh...

Me miré las uñas con desinterés.

—Cref haber dejado claro que no lo había hecho.

Juliana escribió algo en su cuaderno de notas. De seguro había puesto algo como «irresponsable, no cumple sus promesas».

—Leah, si no lo intentas jamás podremos saber si realmente ha habido una evolución en la terapia.

Lo sabía, lo sabía perfectamente, Juliana no tenía que repetir-me eso en cada maldita sesión a la que iba. Pero... demonios, era difícil, era difícil pensar en besar a un hombre cuando, la verdad, solo se me venía el Gran Satanás a la cabeza.

—Lo intentaré, lo juro —susurré decaída.

Sentada con el respaldo de la silla contra mi costado derecho, apoyé el brazo en él y afirmé mi cabeza con la mano.

—Leah, ¿por qué es tan importante para ti conocer tu estado? ¿Ha ocurrido algo en particular que te ha hecho cuestionártelo?

Me mordí el labio y mis ojos se desviaron a la ventana que estaba detrás de Juliana y que iluminaba tan suavemente la habitación. Tenía un bonito pero desgastado marco de madera oscura, algo que no se veía con regularidad en las oficinas.

—Sí.

—¿A eso se debe tu inquietud? —quiso saber, fijándose en mi pierna que no dejaba de moverse.

—Sí.

—¿Y eso es porque...?

—Porque me parece extremadamente ridículo que me obligues a mirarme al espejo; no es que tenga problemas de autoestima, precisamente... —afirmé abriendo bien los ojos—. Sé que soy bonita. Algunos incluso dicen que soy la encarnación de un ángel hecha mujer, aunque creo que son un poco exagerados —solté un resoplido con la nariz que me asemejó a un cerdo—. No soy fea y no creo que lo sea, fin de la historia.

—Entonces, ¿por qué cambias de tema?

—Porque me parece ridículo que... ah, olvídalos —se me habían quitado las ganas de pelear. Me volteé al espejo y me quedé frente él—. ¿Ahora estoy bien?

—Dime qué ves.

—Ya lo dije: a una pelirroja que se le acabó su crema de peinar. Parece un maldito león rojo.

—¿Y qué más?

El reflejoladeó ligeramente la cabeza.

—¿Tengo que referirme a mí misma en tercera persona o...?

—Como quieras.

Me concentré.

—Bueno, diría que es independiente por su postura, que es orgullosa y demasiado terca. Su problema no es la falta de autoestima, el problema de ella es...

La chica del espejo tenía una mirada triste y gris, sus grandes ojos estaban rodeados por enormes ojeras y lucía demacrada. Sus labios estaban apretados en un rictus amargo y sus hombros se inclinaban ligeramente hacia adelante, como si quisiera expresar lo derrotada y cansada que se sentía. Ella era yo y yo me sentía derrotada y cansada por el rumbo que había tomado mi vida.

Estaba harta de las estaciones cambiadas, de esa cultura fría y distante donde no se escuchaba el festivo y animado ritmo de la cumbia por las calles, ni a la gente yendo los sábados y domingos por la mañana a comprar a la feria, ni a las dueñas de casa haciendo aseo con la música a tope y las puertas y ventanas abiertas. Harta de que enero fuera helado y julio caliente, las navidades nevadas y el otoño y primavera estaciones casi inexistentes.

Estaba harta, cansada de muchas cosas. Harta, por ejemplo, de sentirme constantemente inadaptada y sola, con esa soledad hija de puta que se venía prolongando desde el instante en que abordé el avión y observé a la cordillera de mi país alejarse, para luego llegar a un aeropuerto donde un desconocido me había recibido y llevado a un solitario departamento, en un barrio de mierda donde no conocía a nadie, por lo que no había tenido a nadie que me abrazara cuando rompí en llanto en el corredor sin fuerzas para llegar a la cama.

Suficiente había tenido con esos primeros días llenos de recuerdos confusos y detalles dolorosos para ahora tener que revivirlo; no quería sentirme de nuevo perdida y desorientada, o volver a ese departamento oscuro y húmedo, y descubrir que era un desastre en la cocina y que tendría que sobrevivir a base de comida instantánea.

Ya no quería seguir descolgando diariamente mi maltrecha armadura para ponérmela y refugiarme tras ella, porque la había necesitado cada segundo para enfrentar esa nueva vida que ya no tenía tanta vida. Probablemente, me habría adaptado mejor al cambio si hubiera tenido algo que hacer, pero habían planificado mal el viaje y había llegado una semana antes de que las clases comenzaran, por lo que tenía todo el tiempo del mundo para lamentarme, hasta el punto de llegar a entender a Bella y su desesperación por ser abandonada a su suerte, por depender sentimentalmente de una persona y darlo todo por ella cuando esta tenía otras prioridades y tú no formabas parte de ellas.

¿Por qué tenía esa necesidad de ser aceptada en alguna parte de la cadena social hasta el límite de llegar a preferir las burlas y el rechazo que volver a sentirme irrelevante y despreciable para el mundo? Estaba harta de sentir pánico cuando descubría que

irme del país había sido la peor decisión de mi vida, a pesar de haber conocido a Avril, quien se había convertido en mi amiga más cercana tras habernos agarrado de las mechas en medio de la cafetería cuando me catapultó a la categoría de *impopularmente popular*¹ porque su novio me quería comer con papas fritas. Sí, sabía que había tomado la peor decisión de mi vida, a pesar de Avril y de Alex, mi mejor amigo de la infancia. Alex seguía siendo mi mejor amigo y era una de las mejores cosas que tenía en la vida, pero él no podía llenar el vacío de mi familia ausente y de todo lo que había amado y dejado atrás; por mucho que lo intentara y se esforzara por hacerlo, no podía y sus intentos solo empeoraban la situación porque...

Alex era todo lo que tenía en ese momento y me estaba afeerrando a él con una desesperación tal, que los sentimientos estaban mutando, dejando atrás los matices de hermandad para pasar a lo que sucedía ahora: que ya no miraba a Alex simplemente como mi amigo y no me conformaba solo con ese tipo de cariño. Y eso era lo que más harta me tenía. Podía soportar –adolorida e inestablemente– sentirme sola, pero no ese cambio de sentimientos, esa necesidad que rebrotaba en mí de querer entregarle todo a una persona.

Por eso me sentía así: desgarrada.

–Ella está triste –finalmente le respondí a la loquera.

–¿Por qué?

–Extraña a su país, extraña a su familia. Ella quiere volver pero... sabe que eso es una completa locura. Por eso... por eso quiere saber si está loca o no, porque es una locura, ¿cierto?

–¿Por qué ella cree que es una locura?

–Porque ¿cómo alguien querría volver a un lugar en el que sufrió?

–Las cosas cambian, ¿por qué ella sigue temiendo volver?

–¿No es obvio, Juliana?

Le alcé una ceja incrédula y volví a mi reflejo.

–Para nada...

1. Entiéndase como una anomalía de los escalafones sociales, que consiste básicamente en ser tan rechazada que se pasa a ser popular.

—¡¿Cómo que no es obvio?! —la interrumpí—. Llevamos hablando de eso más de seis malditos meses, Juliana. Seis malditos y terribles meses. Seis meses donde me has obligado a levantarme temprano para venir aquí y ¿aún no te das cuenta? —siguió inmutable—. Pa-sa-dooooooo, Juliana, mi pa-sa-doooo. No me quiero encontrar con mi pasado.

—¿Por qué?

Me quise tirar los pelos de la cabeza, ¿esa mujer no entendía o hacerse la imbécil era parte de su terapia?

—Pooooooooooooooooooooo una maldita gallina cobarde y asustadiza. ¿Y si me lo encuentro y todo vuelve así ipaf! y no soy capaz de controlarlo?

Dejándome descolocada, Juliana se puso de pie y se colocó en cucullas a mi lado, algo que debía costarle horrores con la falda y los zapatos con taco de aguja.

—Leah, estás olvidando que lo superaste.

—¿Lo hice? —chillé.

Juliana apretó los labios.

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—Y si lo superé, ¿por qué otra persona me lo tiene que recordar?

Punto para mí.

—Bueno, porque...

—«Bueno, porque» nada. ¿Es que no te das cuenta de que el pasado me pesa toneladas?

—Leah...

—¡Qué «Leah» ni que nada! —me puse de pie, enojada—. Esto es una pérdida de tiempo, he malgastado meses para intentar superar algo que claramente sigue estando ahí.

Más que encontrarme molesta, quería llorar. ¿Cómo podía ser tan patética, Dios? ¿Cómo después de tanto tiempo yo y...? ¡Argh! No, ni siquiera iba a pensar en ese subnormal, peeeero el lado oscuro de la fuerza todavía era muy fuerte en mí, y rápido como un destello apareció en mi cerebro.

Mi primera reacción fue querer estrellar mi cabeza contra una pared a ver si así, de una vez por todas, el muy imbécil se borraba de mi mente. Si el bastardo no quería abandonarme por las buenas, no me quedaba más que hacerlo por las malas; pero fuera como fuera, aunque tuviera que golpearme el cráneo contra una roca hasta quedar inconsciente, lo sacaría de mi sistema! No me decían que era terca por nada.

Con la espalda tensa, mi loquera se puso de pie. Me sacaba casi una cabeza, por lo que tuve que alzar la mirada para no quedarme viendo sus tetas.

—Leah, siéntate.

Le di una patada al suelo; era una pataleta digna de una princesita de papá: Lady Leah desea su carruaje en la entrada para marcharse de ese recinto inmundo, muchas gracias.

—No, no me voy a sentar. Ya te dije que no seguiré perdiendo mi t...

Lo había conseguido: la paciencia de Juliana se había acabado.

—¡HAZLO!

Mi trasero aterrizó de nuevo en el asiento. Alcé las manos en son de paz. Lady Leah ya no quería nada, muchas gracias.

—Ok. No había para qué alterarse.

—¿No había...? —se masajeó la sien y tomó aire. Poco a poco recuperó la compostura—. Quiero que pienses en Derek Blair.

Las aletas de la nariz se me inflaron por la indignación.

—Me niego.

—¿Cómo?

—No pienso hacerlo.

—Por favor, hazlo.

Fruncí los labios como orangután mosqueado.

—No. ¿Para qué? Es inútil.

—¿Qué es inútil?

—Derek Blair.

Se mostró aliviada.

—Eso es un progreso. Por lo menos no te quejaste de la nueva terapia.

—Ah, eso es porque no me dejaste terminar. Después venía «y la terapia nueva».

Se tocó el puente de la nariz.

—Muy bien, entonces, quiero que pienses en Derek Blair —insistió.

—Cref haber dejado claro que me parecía una inutilidad del porte de un buque.

—Lo hiciste, Leah, lo dejaste perfectamente claro. Ahora necesito que pienses en Derek Blair.

Nos quedamos mirando fijamente, un duelo de miradas que tendría a una como perdedora. Yo no pensaba ceder bajo ningún punto de vista, sin embargo, Blair inevitablemente se hizo presente en mi mente como una mosca molestando en tu almuerzo. Recordé su cabello lacio castaño oscuro casi negro y su sonrisa burlona. Lo recordé hablándome, burlándose de mí. Maldito, se refa de mí incluso cuando yo me lo estaba imaginando. ¡Qué rabia, oh!

—¿Qué sientes al pensar en él? ¿Cómo lo ves?

—Yo... —pestañeé con fuerza hasta que Blair se esfumó—. ¿Quién dijo que había logrado recordarlo?

Duelo de miradas.

—Podrás irte de aquí tan pronto como terminemos con esto, Leah.

De vez en cuando ella sabía cómo ganarle una batalla a mi testarudez de mula.

—Estáaaaaa bien. Se estaba burlando de mí, ¿puedes creerlo? Me lo imagino, iyo me lo imagino!, y él se rfe de mí. Ni mi subconsciente me respeta; nadie me tiene ningún respeto, es indigente.

Juliana sonreía.

—Ahora quiero que pienses en James O'Connor.

Fue como una patada directa al estómago. James O'Connor se materializó en mi mente de manera inmediata. Fue como tenerlo frente a mí otra vez, de carne y hueso, tan cerca que fue inevitable estirar la mano para tocarlo. Era tan hermoso, el condenado; tan hermoso.

—¿Cómo lo ves?

James desapareció con un chasquido.

Pestañeé confundida y dejé caer el brazo cuando lo vi alzado en el aire intentando tocar algo que no estaba ahí realmente. Yo daba lástima algunas veces, lo sé.

—Como un fantasma —mentí. ¿La razón? No quería verme tan patética, por el amor de Dios. Después de todo ese tiempo y yo todavía sufría taquicardias con su recuerdo. Patética, Leah, das asco.

—¿Y qué sientes ahora?

Como si un maldito gnomo hubiese estrellado su cabeza contra mi estómago.

—Siento que lo estoy superando —seguí mintiendo.

Juliana parecía mucho más emocionada que yo, pero, claro, no sabía que a James O'Connor lo seguía recordando con todos sus malditos matices.

—Ahora necesito que recuerdes a Bella Armstrong y me digas lo primero que se te viene a la ca...

—Perra —la corté.

Ese había sido fácil.

Se quedó horrorizada.

—¿Qué? —quise saber—. Tú y yo sabemos que es una perra.

—Leah, se supone que eso ya lo habíamos superado.

—Que lo *haya*... por mí misma, muchas gracias, nada de *nosotros*, que esa palabra me da urticaria... superado, no quita el hecho de que Bella es y seguirá siendo una real perra para toda la vida.

Juliana dio un largo suspiro.

—Eres dura de roer, ¿eh?

—No empieces, porque tuya fue la idea.

—¿Qué idea?

—La de llamarla «Bella, la perra».

Los corrientes ojos se abrieron, enormes.

—¡Eso es mentira, Leah!

—Te cito: «Dime lo que piensas de Bella», y ya sabes que eso es lo único que pienso de ella.

Cerró los ojos unos instantes. El dolor de cabeza comenzaba a hacerse presente, intuí.

—Leah, necesito que los imagines a todos ellos —continuó, intentando controlar sus deseos de echarme de su consulta para siempre— y les digas todas las cosas que no pudiste decirles en su momento.

Bella intentó hacerse presente de manera inmediata, pero la mandé a patadas mentales hasta el fondo del Tártaro. Perra. Con O'Connor y Blair mi ira no fue tan efectiva, había agotado toda mi fuerza mental con una *genkidama* para Bella y no podía hacer otra para matar a esos dos, ni por mucho que le pidiera al mundo que alzaran los brazos al cielo y me enviara su energía. No me quedó más remedio que darle la bienvenida a mi humilde hogar.

—Les diría...

—¿Sí?

La imagen de James fue como si me rogara que volviera y que lo perdonase. *Solo tomé malas decisiones*, decía, *lo siento por equivocarme*.

Me relamí los labios.

—No lo sé —susurré finalmente. James y Derek se evaporaron en el aire—. No sé lo que les diría si los viera.

—Si llegases a encontrarte con ellos, ¿no sabrías qué decirles? —insistió.

Me puse de pie, frustrada.

—¡No, no lo sé! —exclamé, perdiendo los estribos—. ¿Cómo quieres que sepa qué les diría si nos encontráramos? ¡Yo estoy aquí y ellos a miles de kilómetros!

Juliana también se puso de pie y se acercó a mí.

—¿Segura de que ellos estarán a miles de kilómetros en diciembre?

Impacto.

—¿Qué...?

—Sé lo que me vas a decir.

Doble impacto.

¿Cómo lo había averiguado? ¿De pronto me había convertido en un libro abierto? Yo quería ser el *Monstruoso libro de los monstruos*², no un maldito libro que podía abrir cualquier desgraciado.

2. Un libro que muerde a quien se le acerque.

—¿Ahora no solo eres psicóloga, sino que también psíquica?
¿Algo más con «p» que agregar?

«Perra», por ejemplo. No lo dije claramente.

—Entiendo, estás siendo sarcástica —¿no me digas? Fíjate que yo pensaba que estaba siendo simpática—. Estás usando el sarcasmo para ocultar lo que realmente sientes.

—¿Y eso es malo?

—¡Por supuesto! —aseguró con vehemencia.

Apoyó sus manos sobre mis hombros.

—No creo que eso sea muy profesional —comenté.

Las alejó de inmediato.

—Leah, sé que vas a volver.

Triple impacto.

—No, no voy a hacerlo.

—Sí, sí lo harás.

—Que no...

—Leah, basta —me cortó. Tomé asiento con una exhalación—. Sé que esa idea viene rondando tu pequeña cabecita hace mucho tiempo.

—Ni yo misma sabía que tenía una idea rondando en mi «pequeña» cabezota, pero en vista de que cree conocerme... adelante, quiero ver cómo se equivoca.

—Vas a volver —me aseguró.

—Yo no he dicho...

Apretó los labios.

—Si es mentira lo que digo, entonces respóndeme, ¿por qué postulaste a una universidad en tu país?

Cuádruple impacto.

Intenté fingir desinterés.

—Estaba aburrida y la gente al aburrirse estudia.

—¿Y no podías hacerlo aquí en Estados Unidos?

Me encogí de hombros.

—Me pareció más interesante hacerlo en mi país; ya sabes, será todo un reto volver a pensar en español y no en inglés, ¿no lo crees?

—¿Por eso has estado ahorrando?

—Por supuesto que no, ahorro para darme unas vacaciones de lujo y tirarme en bikini desde un crucero.

Juliana contó mentalmente hasta diez; lo supe porque yo misma lo hice para corroborarlo.

—Ven conmigo.

Sin importarle si la seguía o no, caminó hacia el escritorio que estaba al otro extremo de la habitación y se sentó tras la computadora. La vi apretar unas cuantas teclas y esperar a que me acercara. Lo hice con el entrecejo fruncido.

—¿Me vas a enseñar cómo utilizar una computadora? Si es eso, te aseguro que llegaste unos años... diría unos diez años... atrasada en mi educación.

Se limitó a apuntar la pantalla.

—¿Qué es eso, Leah?

La imagen era un tipo de factura.

Quíntuple impacto. Si seguía con esa clase de vida llena de emociones extremas, me moriría.

—Dah, un pasaje de avión.

—¿Y qué dice el pasaje? —insistió, presionando y presionando. Jesucristo, ¿por qué nadie me dejaba ser cobarde? Podría imponer la moda de ser una gallina y no me dejaban ser famosa.

Apreté los puños.

—¿Cómo descubriste esto?

Apareció una sonrisa levemente arrogante que le curvó el costado de la boca.

—Tengo mis informantes.

Alex, el muy puto.

—Te aclaro que tu informante secreto —alias mi estúpido mejor amigo— no sabe que regreso para postular a la universidad y no para disfrutar de unas «refrescantes vacaciones» como él cree.

Su expresión fue victoriosa: me había delatado yo misma.

—No sabías que estaba inscrita en el examen para entrar a una universidad en mi país, ¿cierto? —no me contestó—. Me sacaste mentira por verdad —su silencio me otorgó la razón—. Ya, entonces, ok, lo admito. Sí, me compré un pasaje. Sí, postularé a la universidad en mi país natal. Sí, me voy a fines de noviembre para rendir la prueba y ver si quedo. ¿Contenta? ¿Feliz ahora?

—No, Leah, no estoy feliz.

—Crees que es una locura, ¿cierto? —no la dejé hablar—. ¿Ahora comprendes por qué quería conocer mi estado mental?

Asintió de manera distraída y después enfocó su atención en mí.

—Leah, aún nos falta tanto por avanzar, ¿estás segura de que te sientes lista para volver?

—Creí que tenías más esperanza en tus pacientes —me alejé y caminé hacia la puerta—. Solo iré a rendir la prueba y a ver a mi familia; volveré. Serán como unas minivacaciones, nada más que eso.

Mi mano tocó la manilla y ahí quedó esperando algo, aunque no tenía del todo claro qué.

Juliana me sonrió suavemente.

—Y las puertas de mi oficina estarán abiertas para cuando regreses.

Le devolví el gesto y saqué todo mi lado de despedidas dramáticas.

—Lo siento, Juliana. Esto es un adiós, no un «nos vemos».

Se puso de pie tan deprisa que volcó su asiento.

—Leah, tienes que volver. Tenemos que tratar ese tema de la ira que mencionaste hace un rato y... y tantas otras cosas.

Abrí la puerta.

—Juliana, si manejara el enojo como cualquier persona normal no sería Leah Howard.

Salí de su oficina sin volver la mirada atrás.

2

LA PRESTIGIOSA UE

«Srta. Leah Nicole Howard:

Por medio de la presente carta se le informa su admisión en nuestra prestigiosa Universidad del Estado, en la sección de Plan Común de Ingeniería, después de haber logrado suficiencia en el examen de admisión que presentó el día 1 de diciembre.

Para finiquitar su admisión es necesario que se presente en la rectoría de la universidad el día 17 de enero, con la lista de documentos indicados en la siguiente página. De no encontrarse en dicha fecha, puede presentar un tutor legal para la entrega de los mismos.

El 6 de marzo se hará la entrega del horario y su correspondiente credencial universitaria. Las clases comenzarán el día 16 de marzo.

Se le comunicará, mediante la plataforma virtual de la universidad, el programa a cumplir junto con la información actualizada sobre el comienzo de clases.

Estaremos esperando su incorporación.

ATENTAMENTE,

Área de Inscripciones y Admisión
Universidad del Estado».

Doblé cuidadosamente la carta que había leído por lo menos una docena de veces. Con piernas temblorosas y manos húmedas, me acerqué a las enormes rejas negras abiertas de par en par. Colgando en la entrada había un halcón de metal con las alas extendidas y mirada al frente que sujetaba el escudo de la uni-

versidad con un «UE» impreso en él. Debajo suyo y en enormes letras en latín, rezaba:

«An nescis, mi fili, quantilla prudentia mundus regatur».

Desorientada, fui empujada por un mar de estudiantes universitarios que me exigían entrar al campus, mientras recorría un caminito rodeado por sectores verdes que llevaba directo a un majestuoso, blanco e inmaculado edificio principal. Con el corazón resonándome en el pecho por los nervios, subí las cortas escaleras y traspasé las puertas de roble abiertas de par en par, dándonos la bienvenida a cada uno de los nuevos y viejos estudiantes. El ambiente y la temperatura cambiaron apenas el umbral ocultó el sol; el calor asfixiante de comienzo de marzo quedó atrás y llegó el frío de los altos techos, del suelo de mármol, del antiguo y exquisitamente elegante palacio que había sido en la antigüedad. Dos escaleras serpenteaban a cada costado y puertas, miles de puertas, abiertas y cerradas, llenaban el corredor que finalizaba en otro par de puertas de roble abiertas.

Di un paso para adentrarme a ese nuevo y antiguo mundo.

—Pisas el escudo y reprobarás una asignatura —advirtió una voz—. Nadie quiere empezar mal el año, ¿no?

Una chica, mucho más alta que yo, con una tirante cola de cabello que le hacía perder su atractivo, estaba de pie junto a mí. Me fijé donde había estado a punto de pisar: era un escudo con el halcón grabado en el suelo.

—¿En serio? —quise saber.

Apareció una sonrisa tan bonita que le iluminó el rostro; su atractivo recae netamente en eso.

—Quién sabe, pero no hay dudas de que todos lo creen —apuntó el escudo.

Era como ver a Moisés (¿era él? Necesitaba clases de religión con urgencia) abrir el mar Rojo: todos los estudiantes, por distraídos o dormidos que fueran, esquivaban el grabado del suelo de manera automática; incluso los que parecían nuevos, porque iban mirando todo con la boca entreabierta como lo había estado haciendo yo hace unos instantes, imitaban a último segundo la acción de los más sabios. Mejor prevenir que lamentar, decía el dicho.

Me giré hacia la chica y entre nosotras se instaló un silencio incómodo, que ella aprovechó para mirar la hora en su reloj de pulsera.

—Bueno... ¡adiós!

Se fue caminando rápido, perdiéndose mientras salía del edificio hasta que el cambio de luz la engulló. Me quedé en eso hasta que me golpearon accidentalmente, volví a la realidad, rodeé el escudo (si iba a reprobar una asignatura que fuera por mi falta de cerebro y no por una maldición) y recorrí el edificio principal con diligencia. Al salir de la oscuridad, la luz me encegueció por unos segundos. Otra vez desorientada, bajé torpemente los escalones ciega como un murciélago.

El caminito que había de este lado del edificio tomaba una ligera curva hacia la izquierda serpenteando por altos árboles que brindaban sombra. Por donde mirase, había cientos y cientos de metros de césped y edificios por doquier, algunos con una fachada clásica y antigua, como la construcción que acababa de abandonar, y otros modernos y recién construyéndose.

Perdida y sin saber qué más hacer, seguí la dirección del camino de cemento por unos metros, hasta que llegué a una rotonda con una pileta en el centro, la que tenía nuevos caminos que iban en otras direcciones; a su lado había un cartel informativo y uno de direcciones. Lo más lógico sería centrarme en el informativo, que incluía un mapa completo de la universidad con números sobre los edificios existentes en los más de 380.000 metros cuadrados de superficie que tenía la prestigiosa Universidad del Estado.

Recorrí cuatro veces el cartel en busca de un lugar llamado Auditorio Central, que no estaba... o que no vi, lo que era extremadamente probable, dado que todavía me sentía ciega. Era el momento de preguntar.

—Hola, dis...

Fui ignorada monumentalmente y me sonrojé de manera estúpida. Cuadré los hombros: no me rendiría tan fácil.

—Hola, disculpa...

Nuevamente ignorada. Esto no estaba saliendo ni cerca de cómo me lo había estado imaginando desde que había recibido

la carta de aceptación. Frustrada, observé la hora en mi celular: eran las 10:20. Hacía veinte minutos había comenzado la reunión en el Auditorio Central y yo seguía perdida en una rotonda, siendo ignorada e incapacitada de encontrar un nombre en un maldito cartel.

Me iba a acercar a otro estudiante cuando el sonido del celular me distrajo. Era un mensaje de Alex Cromwell, mi mejor amigo desde que era un duende sin colmillos y con mechas colorinas desordenadas. De inmediato, por el solo hecho de ver su nombre en la pantalla, me puse nerviosa, como lo llevaba haciendo desde hacía unos meses cuando Alex, con su pelo rubio y sus ojos verdes, se acercaba a mi lado totalmente despreocupado y sin la menor idea de que a su mejor amiga se le aceleraba el pulso cada vez que lo veía. Y no emoción de amigos ni tampoco miedo ante el recuerdo del horrible beso que nos habíamos dado de chicos y que me había provocado una fobia a ser besada. No, no era nada de eso. Era algo mucho, mucho peor.

Alex: «¿Cómo va el primer día de clases?».

Las manos me temblaron ligeramente al leer el mensaje y me regañé a mí misma por una reacción tan estúpida, tan de niña de cinco años ante su héroe. Sí, Alex era guapo, amable y tenía una paciencia que rivalizaba con *ese* Satanás innombrable y mi prima Adela, pero era mi mejor amigo y por eso no podía sentir esas cosas, mucho menos ahora que nos habíamos reencontrado. Se suponía que yo había aprendido una lección, se suponía que los hombres eran unos desgraciados e infelices que no merecían mi amor. Se suponía que había aprendido... pero no, no había aprendido ni una mierda, eso estaba más que claro.

Si tan solo... si tan solo pasara algo...

Una chica se estrelló contra mi espalda y casi me desnucó con el golpe mandando al infinito y más allá todos mis pensamientos tóxicos. Me pidió disculpas en un escueto susurro y se marchó sin preocuparse por mi celular caído. Furiosa, me agaché a recogerlo —por suerte no se había roto—, le puse la batería, que había saltado con el impacto, y lo encendí. Le respondí el mensaje a Alex cuando mi celular marcaba las 10:24.

«Estoy perdida».

Recibí un mensaje de inmediato.

«¿La clase introductoria no era a las 10:00, pequeña Leah?».

Pequeña Leah. Alex era el único ser en el universo que podía decirme así sin recibir como respuesta mi puño contra su carota.

«Estoy perdida, soy imbécil, ya te lo dije».

Tal vez me pasaban cosas con él, pero eso no significaba que lo iba a tratar distinto al resto. No podía arriesgarme a perder mi esencia llena de encanto. Si con O'Co... digo, Voldemort (porque ese imbécil se había convertido en El Innombrable de mi vida) no lo había hecho, con Alex tampoco podía ocurrir.

Alex: «Debo estar enfermo para refirme de algo así».

Yo: «Tu veredicto es acertado, querido amigo».

Alex: «Qué simpática mi amiga».

Golpe al ego: «Amiga». Era su *amigui*, podría llorar de mal-dita felicidad.

Alex: «La directiva me está esperando, te pasaré a ver en la tarde».

Alex: «Y báñate, por favor».

La indignación me llenó.

Leah: «¡Me bañé esta mañana!».

Alex: «Pero necesitarás otro. Y socializa, pequeña Leah, haz algún amigo».

¿Que me bañara? Pero... pero... ¡sí yo jamás olía mal cuando Alex estaba cerca! Bueno, por lo menos en los últimos meses no, excepto esa vez que... mejor ni recordarlo. El punto es que su comentario me hirió el ego, y la molestia persistió mientras me acercaba a un chico con paso decidido y postura que se negaba a recibir un *no* por respuesta.

—Tú, detente. Tienes las respuestas que necesito y me las darás ahora —ordené.

El joven se quedó plantado a medio camino.

—¿Ah?

Dos pasos y estuve a su lado. Puse las manos en mi cintura.

—Dime ahora dónde está el Auditorio Central —siguió desconcertado.

—Eh... soy de primer año, no lo sé. Yo estoy buscando el Auditorio C, ¿no sabes dónde está?

Me encogí de hombros y el muchacho se fue rápidamente. No me rendí.

—Hola, disculpa... —un veinteañero con grandes ojeras, un cigarro en la mano derecha y un café en la izquierda, se detuvo—. ¿Me podrías decir dónde está el Auditorio Central...?

Sonrió, seguido por un sorbo al vaso. Me apuntó con la mano que tenía el cigarro.

—Ah, así que eres de primer año: una polluela.

¿Polluela? Seguramente era por el halcón en la insignia de la universidad y estaba haciendo esa referencia porque éramos de primer año y, por lo tanto, hijos de los halcones: sus polluelos.

—Eso creo —contesté.

—Prepárate para la bienvenida —me advirtió.

Los vellos del brazo se me erizaron. «La Bienvenida» (en mayúsculas porque era demasiado importante y grande) era una iniciación a la universidad que les hacían los niveles más altos a los alumnos nuevos. Como era nueva, *una polluela*, como el chico había mencionado, lo más probable es que terminase la semana con la ropa cortada y oliendo peor que basura al sol... aaaaaaaah, por eso Alex me había aconsejado bañarme (mi orgullo se recuperó del dolor).

—¿Por qué la bienvenida? —pregunté extrañada—. Hoy solo hay una presentación y entrega de documentos, ni siquiera tenemos clases... no pueden hacernos la bienvenida. Y es viernes —añadí con voz débil.

El chico lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato.

—Pues si estás tan segura...

—Espera, ¿la harán hoy?

Sonrió.

—Yo solo te daba una advertencia. Pero como tú dices, es viernes y solo es entrega de documentos para los polluelos, los de cursos superiores no tenemos clases hasta el 16.

Eso quería decir que...

—Espera. Tú eres de... ¿segundo año? —asintió. Me puse alerta—. ¿Entonces qué haces aquí?

Le dio un sorbo a su vaso.

—Matrícula —explicó—. Hoy es el último día para matricularnos y por eso anda tanto alumno. La responsabilidad no es mi punto fuerte.

—Ah, bueno —susurré—. Pensé que habían venido para torturarnos.

Su sonrisa creció: tenía las paletas ligeramente separadas.

—Son nuestros últimos días de vacaciones... ¿crees que nos levantaríamos temprano para algo así? —apuntó hacia atrás a uno de los tantos caminitos—. Sigue derecho por ese y dobla hacia la izquierda en el segundo cruce.

Me quedé marcando ocupado.

—¿Cómo?

—El camino al auditorio —me recordó—. Es por ahí.

—¡VERDAD! ¡NOOOOOOOOO, VOY SÚPER ATRASADA! —comencé a alejarme—. ¡Muchas gracias por todo!

—¡Eh, por cierto! —me llamó. Volteé el rostro mientras seguía caminando—. Para la bienvenida ten cuidado con los de Ingeniería Mecánica: tienen como tradición echarle grasa de motor a los polluelos que pillan.

Mi corazón dio una voltereta mundial.

—¿Y cómo sé quiénes son de Mecánica?

—Yo supongo que andarán con un tarro con aceite de motor. Por segunda vez me sonrojé.

—Ah, gracias.

Me fui antes de sonrojarme una tercera vez y tomé el camino que me había indicado. No me costó encontrar el auditorio cuando estuve cerca de él. Era imposible que pasara desapercibido, porque era un enorme edificio con un tablero que decía «Auditorio Central» y bajo él colgaba otro que decía «Bienvenidos alumnos de primer año Plan Común de Ingeniería».

Corrí los metros que me faltaban, no queriendo llegar más tarde de lo que iba. Cuando estaba a punto de frenar para abrir la puerta, mis zapatillas, de esas malas y casi sin suela, se resbalaron por la baldosa. Patiné unos centímetros (Jesucristo noooooooooooooooooo, por favor, noooo, el maldito primer día noooooooooooooo) y me estrellé ¡paf! con fuerza y sin una pizca de decoro contra la puerta de metal. Desorientada, observé el

cielo. Sí, efectivamente había hecho el ridículo el primer día sin siquiera presentarme aún.

La puerta se abrió.

—¿Está bien? —preguntó un hombre.

Me tomaron de la mano y pusieron de pie. Dentro del auditorio se podía oír un coro de risas. Como siempre, yo era el hazmerreír de todos.

—¿Necesita ir a la enfermería? —dijo una mujer.

Quise decir: No, Einstein, no estoy bien. Acabo de sufrir la peor humillación de mi vida frente a dos mil personas, así que ahora, si fuera tan amable, déjeme ser una rata miserable para esconderme en la basura y así poder revolcarme en mi dolor.

Pero dije:

—Estoy bien —porque lo último que me faltaba era que la mujer se pusiera a gritar como mamarracho histérico.

—Pase, entonces —pidió.

No, no, no, no, no, necesitaba todavía unos segundos más de paz para afrontar la pronta humillación. Solo unos segundos más de... a la mierda, abrió la puerta y aproximadamente dos mil pares de ojos se clavaron en mí.

Auxilio, mamá, ¿dónde estás? Aparece y abrázame, aunque, más que necesitarla a ella, era la hora de que mi amiga Hermione Granger llegara corriendo por una esquina y me regalara su giratiempo. Vamos, Hermione, puedes aparecer en cualquier momento, en cualquier momentooooo, tú tienes el carné de aparición, solo debes veniiiiiiir y ayudarmeeeeeeeeeee...

Me empujaron suavemente y mis pies se movieron por el impulso (probablemente, Hermione andaba demasiado ocupada en la búsqueda de Horrocrux como para preocuparse por mí). No me quedó más que mirar el suelo, que de pronto se había vuelto extremadamente fascinante mientras activaba el modo *cortina* de mi cabello para ocultarme. Las risas me rodearon cuando me adentré por el pasillo buscando de reojo algún puesto desocupado, pero estaba tan nerviosa y apurada que recorrí apresuradamente hilera tras hilera de asientos y llegué hasta el escenario sin encontrar nada. Más humillada aún, tuve que girar y enfrentarme a toda la multitud que seguía mis pasos con sonrisas burlescas

en el rostro. Volví por el pasillo con los *jejeje* persiguiéndome (¿por qué mejor no se metían esos *jejeje* por donde mejor les cabían?). La señora que me había rescatado me hizo señas al final de la sala apuntándome un asiento vacío: era el que estaba ubicado al lado de la puerta. Me tuve que contener para no golpearme la cabeza en busca de mi maldito cerebro.

Al llegar a la salvación, por no querer levantar la mirada, choqué contra el asiento y mi cara terminó aterrizando en las piernas de una chica. Roja como un tomate, palpé buscando el puesto y me senté apresuradamente, hundiéndome en el asiento para que nadie me viera.

Tuvieron que pedir tres veces silencio para que la gente dejase de voltearse y reír como descerebrados. Lo único que faltaba es que los muy putos me sacaran fotos y salieran en el diario semanal de la universidad... Un flash me iluminó. Me retractaba, faltaba solamente el diario.

Suspiré. Ahí se iba por la borda otra oportunidad para conseguir novio. Por cómo iba respecto a mi soltería, era más probable que muriese aplastada por un elefante anoréxico, que conseguir un hombre para satisfacer mis necesidades carnales.

«Te extraño, Demet...». Detuve en seco el pensamiento. Dios, ¿por qué me hiciste tan patética?

La charla que había interrumpido continuó por demasiados minutos. Estaba quedándome dormida con la cabeza en una extraña posición, cuando la presentadora empezó a indicarnos que teníamos que ir hacia no sé qué lugar para sacarnos la fotografía de la credencial universitaria; al mismo tiempo que eso sucedía, se oyó a lo lejos un clamor, algo como el bullicio de voces mixtas protestando. Agudicé el oído para darme cuenta de que estaba muy equivocada, porque no eran gritos de protesta; no, eran de sed de sangre, de estudiantes gritando «¡Pelo, pelo!» y «¡A desplumar los polluelos!».

Fue como si cientos de dementores hubieran entrado por la ventana: todos se paralizaron y se miraban los unos a los otros.

Mechoneo, eso significaba su antiguo y subnormal cántico. Nos iban a *mechonear*, ¡y justo me había puesto un vestido nuevo! ¡Y blanco! ¡Y... y...! ¡Oh, no, no, no, no, no! Se iban por la

borda las dos horas intentando hacerme la línea negra en el párpado superior, maldición.

—¿Qué *suced*er? —preguntó en un pésimo español la chica a la que le había besado las rodillas.

Miré su cabello rubio y sus ojos azules. No tenía que ser una genio (que lo era, por cierto) para darme cuenta de que era extranjera.

—Analizando las variables, creo que posiblemente nos van *mechonear*.

—¿*Mellioniar*? ¿Qué *ser*?

Quise burlarme de ella por su mala conjugación y pronunciación, de la misma manera que lo habían hecho los gringos cuando escuchaban mi inglés, pero me contuve.

—Es *mechonear*, no *mellionare* o como le dijiste.

—¿Qué?

Lo siento, era incapaz de resistirme a no molestarla.

—*Mechonear* es la bienvenida que hacen los de niveles superiores a los alumnos nuevos.

Se puso feliz, no sabía lo que le deparaba a la pobre desgraciada.

—¿*Is*... comida?

La puerta del auditorio se zamarreó con fuerza; los gritos de «¡Pelo, pelo!» se intensificaron. El murmullo de los alumnos nuevos creció. Parecía un gallinero alborotado; con razón nos decían polluelos.

—No, querida —le contesté—. Prepárate para ser humillada en todos los ámbitos. Eso es ser *mechoneado*.

La chica palideció y apoyó la cabeza en el asiento de adelante.

—¿Por qué *gritar* palabra?

¿Es que no era capaz de conjugar ningún verbo?

—¿«Pelo»? —pregunté.

La extranjera asintió y le tiré su larga coleta rubia en broma.

—Tal vez sea por el hecho que nos lo cortarán.

Me quitó la cola de las manos y se la afirmó con fuerza.

—¿*Decir* eso en serio?

Jugueteeé con mi propia melena con aire distraído.

—Por supuesto. Yo solo espero que no me corten el pelo al estilo pixie. La idea de ese peinado es tener una apariencia medio élfica, y claramente yo la tendría... pero sería más como un elfo de *Harry Potter* que de *El señor de los anillos* —me aplasté el cabello al casco—. *Leah no tiene amo, Leah es una elfa libre.*

Mi actuación fue recibida con un pestañeo confundido. Fui salvada de la humillación porque la presentadora se paró en el escenario y pidió silencio.

—Calma, chicos, no les sucederá nada. La universidad tiene estrictamente prohibido el *mechoneo*, así que los alumnos no se atreverán a hacerlo.

Algo me decía que a los alumnos mayores les importaba un reverendo pepino lo que decían las autoridades de la universidad. La extranjera a mi lado soltó un gimoteo, parecía a punto de ponerse a llorar. Rodé los ojos. La puerta se movió y la golpearon con ímpetu, la volvieron a golpear y «¡paf! ipaf! ipaf!» y más golpes y más «¡paf!» y «¡pelo!», que no lo soporté un segundo más. Me puse de pie, me paré frente la puerta y agarré el pomo con la mano.

—¡No la abrir! —chilló la extranjera.

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO! —gritó el resto de los polluelos.

Miré a la chica. En mi fuero interno y en línea con la pausa de mis procesos neuronales, de verdad creí profundamente lo que dije a continuación:

—Entre más rápido se termine esto, mejor.

Giré el pomo y la puerta se abrió. Solo fui capaz de pensar una cosa: «Quiero a mi mamá».